

## la vida misma

## José Israel Carranza



▲ Foto: Francisco Quirarte

Su política es nunca decir que no. Siempre que se abre un espacio y existe la posibilidad de ocuparlo, lo hace. Se reconoce *workoholic* es decir, adicto al trabajo. “¿Pero quién dijo que eso está mal?”, replica sonriendo Israel Carranza, editor de la revista *Luvina*, coeditor de la revista *Magis*, profesor del Iteso, director del taller de ensayo de la librería José Luis Martínez del Fondo de Cultura Económica, antiguo periodista en todos los diarios de esta ciudad, y autor de varios libros inencontrables. También se licenció en letras once años después de egresar (“cuando ya no tuve otro remedio”); es fumador empedernido, lector incesante, afable conversador y esposo enamorado... esto último a juzgar por la dedicatoria de su nuevo libro *Las encías de la azafata*, del cual hablamos en una calurosa mesa de abstemios al tabaco, mientras sus amigos y las cervezas lo esperaban en la sección humeante.

POR VERÓNICA DE SANTOS

## ensayista de artificios

## rigor

El rigor que no está a mi alcance es el teórico y académico, que hacen mucho mejor los que cobran por ello en las universidades. Es el rigor estilístico el que me importa, el del lenguaje y sus posibilidades más allá de los aparatos pseudocientíficos que producen libros soporíferos y hacen que el ensayo se tome como lo que no es. Lo que debe caracterizar a un ensayo es el desenfado, que sea legible y transitable en la búsqueda de hallazgos y asombros.

## título

Creo que el título es en la concepción de una obra, el momento de suprema libertad del autor. Es el último espacio para que el artista ejerza sin restricción el capricho. Dicho sea de paso que “Las encías de la azafata” me parece insuperable, y que probablemente sea lo mejor que tiene el libro. Es una frase que me poseyó instantáneamente, y desde aquel vuelo me impuse a mí mismo que tendría que publicar un libro con ese nombre. Pero también hay una razón escondida para los lectores que la merezcan, y no voy a dar pistas porque sería revelar el secreto.

## las encías de la azafata

Este libro ganó el concurso Carlos Echénove Trujillo en 2005 y desde entonces había estado durmiendo el sueño de los justos. Está organizado en tres secciones –que son una personal, otra sobre los cafés de Guadalajara y otra sobre la literatura y mis lecturas–, por algo que padecemos gran parte de los escritores de estos tiempos, que es la dificultad de ver nuestros libros materializados y circulando. Esto resulta tan raro que cuando se da la oportunidad, lo que hago es meter probaditas de todo –como una autoantología–, pues a como están las cosas a lo mejor es el último libro que publico. Pero además de este punto de neurosis, es que a mí me gustan los libros así: misceláneos y regidos por la curiosidad.

## interludio de cafés

Después de pasar mucho tiempo en cafés, caí en la cuenta de que son la materialización espacial del ensayo: uno está ahí sin saber muy bien por qué, ni quién va a entrar ni qué va a pasar, y las horas de ocio que se van tirando ahí propician la comparecencia de la escritura... estoy completamente de acuerdo en que esto es un cliché pero por despreciables que nos parezcan, algo tienen de cierto los clichés, algo de sabiduría acumulada. Y resulta que asombrosamente sí se puede escribir en un café. Tanto, que es prácticamente el único lugar donde puedo hacerlo. Así que este interludio es el resultado de eso, de consignar el fenómeno y observarlo a la distancia, con diferentes perspectivas.

## ficción o no

En el ensayo menos que en ningún lado están peleadas la ficción y la no ficción. Que no se olvide que el ensayo es un artificio literario, por lo que no hay por qué exigirle ninguna veracidad ni lealtad con la realidad. Cuando habla el ensayista lo hace a nombre de un personaje ficticio que va apareciendo al mismo tiempo que el ensayo en sí. Nada de lo que ahí se dice puede contar como prueba en un juicio de cargo.

## ensayar

Mi amigo Eduardo Huchín dice que el ensayista es como el bajista de las bandas de *rock*: una sombra a la que no se le ve el rostro, de la que nadie se sabe el nombre, nadie se da cuenta si se cambia de grupo y nunca saca un disco de solista, pero es indispensable para sonar bien. Yo estoy completamente de acuerdo con esto, y por eso mismo me gusta la figura del ensayista, discreta y en segundo plano.